



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Exposición Académico Daniel Mansuy Huerta

Sesión Ordinaria 26 agosto 2024

Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales

Gracias Presidente, muchas gracias a todos los asistentes, me honra compartir con la Profesora Delsol, a la que le debo mucho, así es que aprovecho también de manifestarle públicamente aquí mi gratitud.

Hablar de la crisis de la democracia, y del tema que nos convoca tiene, a estas alturas, algo de lugar común. Desde luego, los lugares comunes no son necesariamente falsos, sino que son conceptos que ya no sabemos qué quieren decir: se han gastado de tanto usarlos. Sabemos que la democracia está en crisis, hablamos mucho sobre esa crisis, nos preocupamos por esa crisis, nos inquietamos, a veces nos angustiamos; y, sin embargo, no sabemos bien en qué consiste ni desde dónde tomarla. En ocasiones de hecho, tomamos los síntomas por causas, y nos escandalizamos frente a ello.

Es lo que suele ocurrir, creo, respecto del avance de la llamada “ultra”, de lado y lado. Advertimos por supuesto el peligro involucrado en estos fenómenos, pero nos cuesta indagar sobre sus causas profundas. Por lo mismo, el discurso en torno a la crisis de la democracia suele convertirse en una vociferación un poco vacía, también a veces un poco moralizante. Sobra decir que esas actitudes solo alimentan y, paradójicamente, nutren los fenómenos que se pretende combatir. Este es parte del círculo vicioso en el que estamos. Muchas veces el combate contra los discursos o las retóricas antidemocráticas alimentan y nutren esa misma dinámica.

En consecuencia, no es fácil especificar en qué consiste la crisis. Un poco como el tiempo en San Agustín, creemos que sabemos qué es, pero una vez que nos preguntan ya lo sabemos mucho menos; en cualquier caso, nos resulta difícil precisar en qué consiste. Conocemos sus aspectos



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

principales, sus rasgos más característicos; además, vemos la crisis día a día en los diarios nacionales, internacionales, a través de la televisión, pero nos cuesta circunscribirla con alguna rigurosidad. Por cierto, no poseo la clave del enigma, y sólo puedo ofrecer algunas consideraciones que podrían contribuir a formular el problema del modo más preciso que sea posible.

Un primer elemento nos obliga a volver un instante la mirada atrás. En efecto, nuestro sentimiento respecto de la crisis contemporánea de la democracia está vinculado a un criterio anterior, a un momento en el cual no habría estado en crisis: hay algo así como un sentimiento de desajuste respecto de un momento previo, que está en el origen de nuestra desorientación. Si sentimos que la democracia, es porque antes tuvimos la sensación (equivocada o no) que estaba firme. Me interesa examinar más de cerca esta premisa implícita.

Empleando los términos del ensayista español Ramón González, hemos sido víctimas de una trampa, la trampa del optimismo. González explica así el fenómeno: los años '90 fueron años optimistas, muy optimistas. Ese optimismo no fue inocuo, sino que en torno a él fueron diseñadas muchas instituciones, pensadas para tiempos que no podrían sino ser mejores. Hoy, que ya no somos optimistas, ocurre que tenemos instituciones que no responden al momento, precisamente porque nuestra percepción del tiempo cambió.

Dado que los años '90 fueron estables, hubo crecimiento económico, globalización feliz, consolidación de la democracia, se impuso la idea de que esa era la normalidad, de que ese régimen estaba destinado a imponerse pacíficamente; y que, además, era inexorable. Todo esto fue muy bien explicitado por Fukuyama, en su libro clásico sobre el fin de la historia. La tesis de Fukuyama, inspirada en Hegel y en Kojève, era que la historia humana había entrado a su era final, o definitiva: la democracia liberal y la economía de mercado ya no tenían alternativas



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

serias. Debe notarse la tesis más o menos implícita. En efecto, se suponía que tres conceptos distintos estaban condenados a converger: el principio de la democracia, el principio liberal y el principio del comercio. Esto merece atención, pues resulta fundamental no confundir los planos. Es posible, por ejemplo, que la crisis de la democracia sea la crisis del liberalismo tanto como la crisis de la democracia.

Era un progresismo sofisticado, pero progresismo al fin y al cabo: la tesis de Fukuyama es una filosofía de la historia, con toda la carga que tiene esa expresión, con todo lo que ella implica: pretensión de penetrar los designios de los tiempos, pretensión de conocimiento respecto del curso del futuro. En efecto, ese tipo de progresismo suele reclamar para sí un privilegio epistemológico que le permite evaluar los hechos presentes a la luz de ese conocimiento (esta pretensión ya es plenamente visible en el *Opúsculo sobre la idea de historia universal* de Kant). Pues bien, el hecho es que la tesis de Fukuyama constituyó como el aire que se respiraba en los años '90: bajos esas categorías pensamos y ordenamos el mundo.

No ignoro cuán esquemático y general es el cuadro que acabo de presentar, pero es el telón de fondo que permite explicar nuestra situación: es innegable que la democracia está en crisis, pero para evaluar esa crisis hay que poseer antes algo así como un criterio de evaluación. Y, quizás, nuestro criterio tácito distorsiona nuestro juicio: pensamos que la democracia, en su forma canónica, es la de los años '90, que había llegado para quedarse. En cualquier caso, una comprensión exhaustiva de nuestra crisis exigiría examinar los fundamentos filosóficos de la tesis de Fukuyama: nuestras sensaciones actuales están íntimamente ligadas esa experiencia y a esa convicción.

Pues bien, debe notarse que esa experiencia fue extraordinariamente influyente (todavía pensamos en función de ella), pero también fue extraordinariamente frágil y breve. Frágil porque dependía de un conjunto de circunstancias difícilmente replicables, y breve porque la verdad es que duró poco. Después de todo, ese período de estabilidad se inició con la caída del Muro, y



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

según fijemos su fin duró diez años (con la caída de las torres gemelas) o poco menos de 20 (crisis económica del 2008). Puede que esos 10 o 20 años sean muy importantes desde un punto de vista biográfico para alguien de mi generación, pero es muy corto: fue muy poco tiempo, al menos para sacar tantas conclusiones.

No deja de ser sorprendente que un período tan corto en la historia de Occidente, en la historia de la modernidad, haya sido tan determinante. Me parece que este es un primer factor para comprender nuestra sensación de crisis: con mayor o menor conciencia, añoramos el mundo de los años '90, sin considerar que fue una coyuntura excepcional, que en ningún caso puede ser vista como patrón de normalidad.

Ahora bien, me interesa poner el acento en otra dimensión del problema. Aquello que podríamos llamar la ilusión óptica tuvo —tiene— vastas consecuencias. Ya que nos pareció que la democracia liberal era una evidencia, que contaba con la fuerza de la necesidad histórica, que su advenimiento era inevitable, entonces ocurrió lo siguiente: tendimos a olvidar las condiciones de posibilidad de la democracia representativa. Valga un pequeño rodeo para explicar esto: la democracia representativa es un invento extraño en la historia. Es la combinación de ciertas ideas griegas (el gobierno sobre libres e iguales) con otros datos propios de la modernidad (la polis ya no es una forma política viable), que nos llevó a inventar el dispositivo representativo, como modo de salvar una dificultad enorme: ¿cómo gobernar democráticamente a inmensas masas de ciudadanos? Esta es la colosal pregunta que los modernos intentan responder.

La respuesta contiene una ambivalencia: la democracia representativa es ciertamente un procedimiento, pero, al mismo tiempo, es un procedimiento que supone ciertas condiciones. El contractualismo nunca puede ser enteramente contractual (de hecho, no hay nada más pesado, por decirlo así, que la premisa inicial de Hobbes: un contrato entre libres e iguales). Un procedimiento, por definición, nunca es sólo un procedimiento, pues está rodeado de ciertas circunstancias que lo hacen posible. El problema se puede formular así: nos quedamos sólo con la



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

dimensión procedimental de la democracia, y perdimos de vista otros aspectos. Los perdimos de vista por el motivo al que ya aludí: si la democracia representativa era el horizonte final de la humanidad, entonces esas condiciones podían ser vistas como secundarias, o derechamente irrelevantes. Además, estaba asociada al comercio, como si las lógicas fueran convergentes. El esfuerzo —fracasado— por integrar a China y Rusia al orden global por medio del comercio es una buena ilustración del laberinto que supone esa filosofía. Como fuere, el hecho es que el comercio no trajo las virtudes pacificadoras que Montesquieu había prometido. Me parece que es necesario volver a fijar nuestra atención en esas condiciones de la democracia representativa. La lista que propongo no es exhaustiva, pero creo que pueden ayudar a comprender mejor nuestra aguda sensación de crisis.

La primera es el cuadro nacional. La polis tenía la ventaja de ser inmediatamente unitaria. Las sociedades modernas, lo sabemos, están fragmentadas, tienen diferenciación. Es una dificultad que los teóricos tienen a la vista. Pero hay un principio de unidad: la nación. De hecho, la democracia liberal está constituida de pesos y contrapesos que sólo tienen sentido al interior de un marco nacional (de allí la dificultad de los mecanismos internacionales: se salen de ese marco, lo que produce un sentimiento de falta de democracia, en la medida en que esos mecanismos escapan al control democrático).

Pues bien, ya no creemos mucho en la nación, lo que se añade a una fragmentación social inédita. ¿Cuánta fragmentación soporta la democracia? ¿Puede sobrevivir la democracia representativa sin una experiencia común? Hay que entender bien esto: el debilitamiento de la democracia tiene una correspondencia más o menos directa con el debilitamiento de la nación como forma política. Quisiéramos la democracia sin la nación, pero no es seguro que algo así sea posible. En todo caso, deberíamos mirar más de cerca este fenómeno (alimentado además por la fuerza de la presión migratoria).



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

Una segunda condición guarda relación con la necesidad de virtudes cívicas. Es un problema del que tenemos conciencia; y de allí la insistencia recurrente en clases de educación cívica. Es, desde luego, una aspirina en un enfermo grave, pero en cualquier caso revela el fondo de la cuestión: la democracia representativa requiere ciertas disposiciones por parte de los ciudadanos, ciertas disposiciones cívicas. Por un lado, se requiere algún tipo de participación activa. Por otro lado, es menester que los ciudadanos estén dispuestos a informarse para elaborar una opinión. Todo esto supone que somos capaces de aceptar las razones del otro. Como decía Camus, la democracia exige aceptar que podemos estar equivocados. Los discursos polarizantes contemporáneos atentan contra ese principio, al negar toda validez al discurso del otro.

El punto es que no hay deliberación común sin ese piso mínimo. Pero en rigor no son sólo virtudes estrictamente políticas, sino públicas en un sentido amplio: se trata también de la disposición más general a respetar las leyes, a respetar las reglas de la vida común. Noten como volvemos al mismo problema: respetar las reglas de la vida común supone una experiencia de esa vida común. Sin embargo, no nos gusta el lenguaje de las virtudes. Sabemos que las necesitamos, regresa de modo patológico (el lenguaje contemporáneo es muy normativo), pero no sabemos cómo asumir este desafío, pues nos faltan las herramientas conceptuales (vemos opresión allí donde hay autoridad, por mencionar un solo ejemplo).

Mencioné antes la dimensión económica en la formulación de la democracia, y esta sería la tercera condición. No debe olvidarse que el dispositivo representativo está estrechamente asociado a la liberación de la actividad comercial (esto es muy claro, por mencionarlo nuevamente, en Montesquieu). Guste o no, la democracia contemporánea está asociada a una expectativa de crecimiento que se ha visto frustrada. Generaciones que ya no tienen la expectativa de vivir mejor que sus padres no tienen la misma evaluación de la democracia que esos padres. No me puedo detener en esto, pero el estancamiento económico tiene un potencial disruptivo para la democracia, pues abre una presión que no sabemos cómo manejar. Hay una promesa que no se cumplió, o que se cumplió solo parcialmente.



ACADEMIA CHILENA DE CIENCIAS SOCIALES POLÍTICAS Y MORALES

La cuarta condición está vinculada a un aspecto que, en el origen de esta historia, fue el primer: la seguridad. Desde Hobbes, sabemos que el pacto social es un pacto fundado en la garantía de seguridad. Entregamos mucho a cambio de una seguridad mínima. Es evidente que esa seguridad nunca habrá de ser total, pero se espera un estándar. Pues bien, por una serie de factores, las sociedades contemporáneas están encontrando cada vez más dificultades para hacerse cargo de esta cuestión. Es otra promesa incumplida. Si leemos con atención a Hobbes, no debería extrañarnos nada que los ciudadanos están dispuestos a renunciar a libertades fundamentales a cambio de seguridad: ése es, precisamente, el origen del pacto. No me puedo detener en los múltiples detalles del problema, pero es importante destacar que acá hay una tensión brutal entre los principios democráticos y los principios liberales, que no sabemos bien cómo resolver ¿cuánto estamos dispuestos a sacrificar de libertad para obtener seguridad? ¿Cuán lejos estamos de que esta pregunta sólo sea retórica, y sólo tenga sentido para una parte de la elite? Cabe mencionar, por ejemplo, que nuestra reforma procesal penal suponía cierto tipo de delitos, y está estructurada en torno a cierta comprensión social muy específica y determinada. Si la democracia no da respuesta a este anhelo, es evidente que enfrentará amenazas muy serias.

La lista de fenómenos que he mencionado está lejos de ser exhaustiva, y cada cual podría añadir más factores, o más dificultades (Cristóbal Belloio enumera los factores contemporáneos del pesimismo democrático en un libro reciente). Sin embargo, me parece que este es el cuadro a partir del cual debe comprenderse la crisis de la democracia contemporánea, y será imposible rehabilitarla para enfrentar los desafíos del futuro si no somos capaces de formular estas preguntas.

Muchas gracias